

# REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los artículos  
pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio pos-  
tal interior. Registro No. 118

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

ADMINISTRADOR: JOSE LOREDA CAMACHO

Volúmen XXXII

Bogotá (Colombia), Abril de 1937

No. 313

## LOS DOS HUMANISMOS

«Quelle chimère est-ce donc que l'homme?  
.....quel sujet de contradiction.... gloire et  
rebut de l'univers».

*Pascal. (Brunschvigg. S. VII. 434)*

La línea que forma la circunferencia puede dilatarse por espacios inmensos o minúsculos, pero en todo caso, es reentrante, vuelve sobre sí misma y sus puntos finales como que van buscando el camino que fatalmente los lleve a topár con el primero. Así dibujaron los antiguos la serpiente que se muerde la cola. Así imaginó Santo Tomás de Aquino aquella fórmula admirable: "La naturaleza humana, se encorva sobre sí misma". "Natura humana in se curva dicitur". No podría expresarse mejor este supremo imperativo que obliga al hombre a buscarse a sí mismo para descubrir y probar la plenitud de sus posibilidades. Algunos aciertan, muchos yerran y se extravían en la prosecución de este intento, ninguno deja de obedecer al impulso de completarse y ser perfecto. Obedece el hombre a esta que es ley intrínseca de su naturaleza y la obedece también a su modo toda vida por rudimentaria que parezca. Aun el mundo inorgánico, ofrece analogías que ilustran este imperativo primordial.

De ahí tenía que proceder naturalmente el empeño de glorificar la naturaleza humana. Y eso es y ha sido el "humanismo" auténtico. Pero el humanismo es inconcebible sin Dios.

Como la circunferencia no puede rematarse si cada uno de sus puntos no conserva una misma imperturbable relación con el centro, así la naturaleza humana no se glorifica justamente sino cuando todas sus energías van desarrollándose en relación permanente e invariable con el centro de todo ser y actividad que es Dios.

Y lo que es el radio para la circunferencia, eso es la ley divina para la cabal glorificación del hombre: medida de su curso, compás de su desenvolvimiento, criterio de su marcha, garantía de su realización final.

El humanismo comenzó con el hombre. Dios mismo, cuidó de persuadirle la dignidad de su naturaleza y la potencia insospechable que en ella había de encerrarse, cuando —tal dice Tertuliano— no con voz de imperio, sino con verbo acariciador, introdujo al hombre en esta tierra: “y dijo Dios: Hagámosle a nuestra imagen y semejanza”.

Más adelante el autor inspirado del libro de la Sabiduría, prorrumpe en esta exclamación: “Magna res est homo”, y siglos después Shakespeare le hace eco repitiendo: “How beautiful mankind is!”.

El “humanismo” justo, originalmente radicado en la Creación, fue singularmente corroborado por la junta de la naturaleza divina y de la humana en Jesucristo a quien llama el Damasceno: “Gloria de nuestro limo y venustez de nuestra sustancia”. A lo cual debe añadirse el otro decoro y excelencia, que conforme a San Pablo, pone la gracia en el hombre, y convirtiéndolo en hábitáculo y templo vivo de la divinidad, nos autoriza para llamar a Dios “inquilino de las almas”.

Un peligro acechaba al humanismo: que andando gozoso por la vía triunfal de la glorificación del hombre, olvidara las deficiencias y siniestros que lo desmejoran y pueden apartarlo de la virtud. A los triunfadores romanos, para que la pompa excesiva de las apoteosis no los desvaneciera, solía ponérseles atado a la carroza un esclavo que fuera recordándoles cuán fácil es que el vencedor de hoy sea el vencido de mañana. El verdadero y sano humanismo también necesita comprender que por falta de disciplina puede el hombre bastardear de su nobleza y parar en ruina lamentable.

Pero ¿y qué tienen que ver las bellas letras, “humaniores litterae” con este humanismo, por decirlo así, religioso y dogmático? Sencillamente que ávidos de darle al hombre la perfección que para él piden de consuno la filosofía y la teología, la razón y la fe, el sentido común y la religión, hubo en todo tiempo maestros que emprendieron y aconsejaron el estudio de las obras superiores, consagradas como clásicas e inmortales, para derivar de ellas los dictámenes y aun las formas que mejor convenían al

propósito de ilustrar y de guiar a la humanidad en una predeurable ascensión.

A las sentencias reveladas, se juntaron entonces las máximas de la filosofía natural: nacido apenas al Cristianismo, San Pablo citaba ante el areópago los versos de Arato, favorito de Antioco; y adelantándose los tiempos, se hizo más y más frecuente el recurso a los autores famosos del paganismo cuyas sentencias, cuando eran fruto de la recta razón, coincidían necesariamente con las máximas del Cristianismo. Con lo cual los maestros y doctores eclesiásticos no hacían sino aprovechar el “testimonium animae naturaliter christianae” que dijo Tertuliano. Otro día oirá el mundo a San Basilio que reivindica para las letras clásicas, para las obras maestras de la antigüedad, un puesto de honor en la educación de la juventud.

Llegaron los siglos tenebrosos, que parecían fatales para la cultura humana, y como Eneas salvó del incendio de Troya a Anquises su padre y a los peñates y númenes familiares, así las órdenes monásticas se hicieron legión de copistas y amanuenses para poner en seguro las obras de Agustín y de Atanasio, de Hilario y del Crisóstomo, Padres de la Iglesia, junto con las de los clásicos griegos y latinos, genios tutelares de la grandeza antigua.

Cuenta Muratori en sus “Antiquitates Italiae” (tomo III, pág. 187), que en 906, cundieron por la península muchas mesnadas sarracenas que sin perdonar verde ni seco, invadían y saqueaban burgos y monasterios. Apretando ya muy de cerca al de Novalesse, temieron los monjes por su biblioteca y concertaron una fuga sigilosa en altas horas de la noche. Jóvenes y viejos —son palabras de la crónica— se cargaron con volúmenes y manuscritos ni más ni menos que si fueran acémilas. Así escaparon por los desfiladeros hasta llegar a Turín y no faltaron en tan agrio camino los que sucumbieron bajo el peso de los libros que se echaron encima: “Librorum sarcina viribus incongrua onusti plurimi defecerunt et senes et juvenes”. Seguramente pensaban estos religiosos que salvando con tanto esfuerzo los tesoros de la literatura cumplían las voluntades del anciano Casiodoro para quien la trascripción de los manuscritos, la encuadernación de los volúmenes preciosos y el arte de ilustrarlos con miniaturas exquisitas, eran parte muy principal de la disciplina monástica.

Comprueba esto la estima que por entonces se hacía

de las bellas letras y su vinculación admirable con la enseñanza y erudición genuinamente cristianas. Y lo que sucedía en Italia, no era caso raro: lo mismo puede observarse en España, donde apenas había biblioteca donde faltara un Séneca o un Virgilio como lo nota Menéndez y Pelayo al hablar de las del marqués de Santillana, del rey D. Duarte de Portugal y de la riquísima de la Reina Católica, cuyos inventarios publicó Clemencin. Eran en fin manos eclesiásticas las que andaban a caza de autores antiguos y las que atendían a su difusión y conocimiento, como lo refiere Alvaro Cordobés, de San Eulogio, quien trajo a los muzarabes de Córdoba en calidad de despojos triunfales de su viaje por Navarra, muchos libros clásicos y entre ellos las Sátiras de Horacio.

De hechos como estos, se podrían alegar centenares con poquísimo trabajo. Lo importante, es dejar bien establecido que hasta fines de la Edad Media, el Catolicismo, fue "humanista" no sólo porque de acuerdo con el dogma y la revelación, tenía que exaltar y glorificar la dignidad del hombre, sino porque este intento, lo llevó a prohibir y hacer suyos con noble liberalidad y en calidad de coadyuvantes, a los clásicos de la antigüedad pagana. Por este aspecto no es sino muy justo decir:

*"Así despojos de profanas gentes  
adornaron tal vez nuestros altares".*

Pero había otra razón para que los autores clásicos enamorasen al mundo cristiano. El, más que ningún otro, tenía que ser cultivador de la psicología, que al fin y al cabo, no es sino una provincia, o por mejor decir, uno de los fundamentos de aquel "régimen de las almas" que S. Gregorio llamaba "arte de las artes". Esto, sin contar con la invencible atracción que ejerce el "abismo interior" sobre toda inteligencia, y unas veces la pone en condiciones de explorar los senos y reconditeces del espíritu y del corazón, otras, la deja como en suspenso, acechando perpetuamente las energías misteriosas que nos mueven. Y aconteció que la psicología buscaba entonces como ahora y siempre el caso concreto, el documento humano, el detalle vivido, la circunstancia, digámoslo así, palpitante y desnuda, para sacar de ahí, reglas y principios generales. Lo cual, ya se entiende que no podían suministrarlo ordi-

nariamente ni los doctores, ni los moralistas cristianos que ante todo, miraban por construir y afianzar con sumo rigor lógico un sistema completo y racional que hasta cierto punto correspondía a una visión del hombre "sub specie aeternitatis". Abundaban en cambio y aun sobraban los pormenores de la vida humana en las obras clásicas cuyos autores fueron diligentísimos en la pintura de las costumbres sueltas, y hasta cínicos en la descripción de sus propias aventuras. De donde resulta que hasta el fin del Medioevo la ciencia psicológica y el arte de la introspección, prosperaron merced a la potente y sutil deducción que fue propia de los sabios y de las escuelas y merced también a la inducción ingeniosa que los letrados hacían valiéndose de los materiales acumulados en los clásicos. Célebre es a este propósito el caso de Virgilio, cuyo poema llegó a estimularse como archivo simbólico de todas las vicisitudes humanas. Por lo cual, dijo alguno que los versos de la Eneida daban pie para echar suertes y pronosticar o hacer patente el curso de la vida: "Dictae per carmina sortes, et vitae monstrata via est".

Sin embargo, ladeándose con los que se desvelaban sobre las obras maestras clásicas porque veían en ellas "una preparación del Cristianismo", según afirma Imbart de la Tour ("Origines de la Reforme", T. II. pág. 315), había otros que directamente y hasta con alguna audacia reclamaban de las letras antiguas un influjo civilizador. Ya en el siglo VI, San Columbano, celebra las poesías de Safo, sin emplear la conocida precaución de metamorfosear la previamente en Sibila: "Inclya vates... nomine Sappho". Ni son para omitidas estas palabras de sir Richard Jebb acerca de Gerberto: "He had not merely read a great deal of the best Latin literature, but had appreciated it on the literary side, had imbibed something of its spirit, and had found in it an instrument of self culture" (Cambridge Mod. Hist. I, p. 536). Confirman finalmente esta manera de estudiar las "litterae humaniores" por sí mismas, por el provecho que traían a la cultura y a la gloria humanas y por el afán de mantener una noble continuidad entre el mundo antiguo y el moderno, los reproches que a sí mismo se dirigía San Pedro Damiano por haber cedido más de lo justo a la seducción de la añeja embriagadora literatura: "Endulzóme la vida Marco Tulio... regalábanme

con blandura los poetas... y las dulces sirenas hechizaban mi entendimiento hasta ponerlo en riesgo de naufragio" (Taylor. "The medieval mind." T. II, C. 30 "The spell of classics".)

Mediado el siglo XII, el humanista se modela conforme a un tipo universal, que —dicho sea de paso— tiene curiosas y aún sorprendentes analogías con el de los letrados que florecieron acá entre nosotros en pleno siglo XIX. Diríase que así como subsisten en comarcas aisladas y remotas, ejemplares de alguna fauna o flora que desaparecieron siglos ha en todo el resto del mundo, así la raza del "humanista" medioeval, tocada de muerte por la Reforma y poco menos que sofocada por los adelantamientos materiales, se refugió en estas tierras colombianas y subsistió en ellas como fenómeno de supervivencia singular. Quien lea en el "Policraticus" de Juan de Salisbury (P. L. 199.666) que es propio del cultor de las buenas letras ser erudito y refinado, enemigo del hervor ruidoso de las pasiones fáciles, modesto en el ánimo, tenaz en la investigación, amigo del sosiego, tan retirado como meditativo, escaso de riquezas y despegado de intereses terrenos, quien lea esto y lo vea condensado en los versos de Bernardo de Chartres:

*"Mens humilis, studium quaerendi, vita quieta.  
Scrutinium tacitum, paupertas, terra aliena"*

se preguntará si tal retrato representa al "senex carnuten-sis" de hace setecientos años o si responde mejor a las semblanzas de Caro el escolasta virgiliano, de Cuervo el cenobita parisiense, de Marroquín el hidalgo de Yerbabuena. Yo francamente apenas hallo diferencia entre estos humanistas separados por un intervalo de siete centurias: en unos y en otros, la religión honda y ferviente anduvo en buen amor y compañía con la agudeza del ingenio y la elegancia de las letras. Sabían que éstas eran el más civilizador de los placeres, pero que no pueden divorciarse de la integridad profunda de la vida, y si alguna vez, enamorados de la majestad que los antiguos protocolizaron en sus libros, soñaron con proezas heroicas, con gestos dominadores, con empuños que enmendasen a los hombres y a las sociedades, presto volvieron en sí, sonriendo ante sus propias imaginaciones, y más aficionados que nunca al silencio y a la paz escondida que para ellos era condición de laboriosa bien-

andanza y para otros equivale tal vez a un voluntario anadamiento. Humanistas europeos del siglo XII, humanistas colombianos del siglo XIX, para vosotros, escribió Browning la intraducible peroración de Caponsacchi:

*"Then, similingly, contentedly, awakes.  
To the old solitary nothingness!"*

Al acercarse el Renacimiento, el "humanista", va adquiriendo caracteres muy distintos. El culto de las letras antiguas y la continua investigación de sus primores, le hace cobrar ojeriza contra las formas cada día más secas y enjutas, más abstractas y artificiales, más convencionales y más reñidas con todo lo que sea pulcritud, aliño y donosura del lenguaje. El inmenso tesoro de sabiduría labrado por la Escolástica, vino a menos, no porque se desmejorase su intrínseco valor, sino porque incurrió en el caso de muchas grandes fortunas, que se malbaratan y se desvanecen, cuando sus dueños, esquivos a las nuevas industrias pecuniarias, prefieren consumir rutinariamente sus haberes. La comunicación con el Oriente, que apuntó con las expediciones de las Cruzadas, los viajes de Conquista o descubrimiento por tierras lejanas, la creciente afición a las ciencias físicas y naturales que sembraron en Europa los peripatéticos árabes por el estilo de Ibn Roch, las novedades entre místicas y escépticas de Ghazali, el impulso que recibió la medicina por obra de Maimonides, que también influyó con su idea de conciliación mosaico-aristotélica, la levadura platónica, que a partir de la escuela palatina de Carlos el Calvo iba levantando una gran masa de doctrina que acabó por enfrentarse al Estagirita, flor y nata de toda sabiduría humana para la Escolástica... todas estas causas y otras menos patentes pero no menos reales vinieron a perturbar en las vigilias del Renacimiento el imperio tranquilo y ya tradicional que disfrutaba con plena posesión el Escolasticismo. Y los escolásticos, hablando en general, no tuvieron la suficiente agilidad para percatarse de que el mundo se ensanchaba, así en lo material como en lo intelectual y de que urgía no desconocer, no repudiar, sino englobar o incluir en sus dominios todo cuanto había de plausible y de probable en las invenciones y adquisiciones recientes de la mente humana. Así lo ha hecho en estas últimas épocas, y con notable pujanza el Escolasticismo que preconizó León XIII en

la Encíclica "Aeterni Patris"; mas en esas décadas que precedieron al Renacimiento, hubo por decirlo así, una pausa, un compás de espera, una anquilosis temporal en la actividad asimiladora de la Escolástica. Sorprendiéronla pues algo desapercibida las mudanzas que iban cuajando en el siglo XV; a esas horas, gastaba su vigor en ventilar las cuestiones exageradamente sutiles que hicieron memorables a los discípulos de Escoto, y esto en un lenguaje empedrado de barbarismos, huérfano no sólo de rotundidad y elocuencia, pero aún de soltura y llaneza apacibles, lenguaje analítico y preciso, no hay porqué negarlo, pero de perversas condiciones estéticas.

Ni era esto lo peor, sino que los escolásticos, confinándose en la labor de comentar perpetuamente el texto y la letra de sus antepasados geniales, se olvidaron de que en S. Tomás de Aquino, en S. Buenaventura, en Escoto, había algo más que fórmulas felices, argumentos perentorios y problemas en que ejercitar los entendimientos, se olvidaron de la síntesis robustísima y fecunda que estableció el primero entre la fe y la razón, de la inteligencia fervorosa y amante que guió al segundo, de la intensísima concentración a que el tercero sujetó el pensamiento para redoblar sus alcances. Y olvidaron también las vías inductivas y experimentales que preconizó Rogerio Bacon anticipándose tres siglos y medio al otro Bacon, el de Verulamio; olvidaron en fin o ignoraron a Raimundo Lulio, en quien la filosofía y la teología engendraron un tipo artístico de tanta vehemencia y poesía como no han podido imaginarlo los más audaces novelistas. A la decadencia escolástica que presenciaron los siglos XIV y XV, contribuyó muy decisivamente la querrela del nominalismo-agnóstico del franciscano Occam, negador radical de las fuerzas de la razón y de la realidad objetiva correspondiente a las nociones de causa, ley, fin y moralidad, con lo cual vino a convertirse en el más desaforado enemigo de S. Tomás y de su escuela. Cundían en fin por aquel tiempo las protestas y rebeldías apasionadas contra la autoridad en materia científica, lucha y contienda que en sí mismas podían justificarse, pero que sacándolas de quicio y propagándolas por otros territorios, señaladamente por los teológicos y religiosos, engendraban anarquía y desgarró en sumo grado perniciosos. Que fue lo que muchos escolásticos no entendieron por parecerles más urgente defender a Aristóteles contra Platón y convertir a



San Jeronimo  
(ALBERTO DURERO)  
LISBOA

“estos dos polos del entendimiento humano en algo así como una pareja de gallos ingleses enredados en continua y espantable riña.”

No se piense que al decir esto se desconozca el valor intrínseco del sistema escolástico; tan poderoso es que logró superar aquella crisis y renovarse y reflorar con el esplendor y opulencia que fueron suyos en el propio siglo XVI, renovación y reflorecimiento —añadiré aquí—, que sólo pueden sorprender a quien ignore que el escolasticismo auténtico es, en frase de Jungmann, “el conjunto ordenado de conclusiones del pensamiento racional que convienen bajo todos conceptos con la divina revelación”. Mas en los siglos XIII y XIV tanta energía y virtud, fueron escondiéndose y soterrándose bajo una masa de cuestiones y de problemas mal avenidos con las necesidades contemporáneas; no fue esa la época en que un Suárez o un Vitoria creaban el derecho de gentes, fue en cambio la época en que la filosofía se vio afligida por las argucias pedantescas, por las sutilezas pueriles y por la esterilidad científica. De estas palabras se sirve Janssen en su Historia de Alemania, y a fe que meditándolas y considerando lo que sería la Escolástica impedida por tantos estorbos se le viene a uno a la imaginación la escena del “fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza”: “Le pusieron —cuenta Cide Hamete— encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traían hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien unos cordeles de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas, ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza a la cual se arrimó para poder tenerse...” Sancho Panza, no fue en esta aventura el sórdido villano que solía, rompió el molde grosero que lo encerraba y mostró una entereza rayana en sublimidad. Absuélvame esta circunstancia de toda intención irreverente al comparar la mala suerte del escudero con el estado decadente de la Escolástica antes del Renacimiento, y séame lícito imaginar que esa escolástica cargada con las baratijas y requilorios de una especulativa desatentada, repetía allá en lo más íntimo los clamores generosos de Sancho: ¿“Como tengo de caminar, desventurada yo, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en bra-

zos y ponerme atravesada o en pie, en algún postigo, que yo lo guardaré, o con esta lanza o con mi cuerpo". Si este deseo heroico no se vio cumplido en el escudero, si tuvo satisfacción en la Escolástica, que al fin y al cabo, a pesar de todo y no obstante sus flaquezas e impedimentos, sí defendió el postigo por donde amenazaba Lutero a la Iglesia Católica y con ella al humanismo auténtico.

Porque, es de saberse que "Humanismo" y "Renacimiento", no son términos sinónimos ni mucho menos idénticos o equivalentes. El primero es mucho más general que el segundo; el Renacimiento es una nueva faz del humanismo, por lo cual es forzoso admitir que el humanismo, no empieza ni acaba con el Renacimiento, ni está confinado dentro de sus términos y linderos. Mayor desatino sería confundir o emparentar al humanismo con la reforma luterana, que lejos de favorecerlo lo perjudicó notablemente y se le opuso *per diametrum*, como no podía menos de suceder, supuestas la ideología del luteranismo y su dogmática tan deprimente para el hombre.

Que en el siglo XVI el humanismo se presentara como una novedad sin precedentes es lo que piensan algunos sin reparar en que un suceso o fenómeno de tanta magnitud y de tamañas consecuencias nunca es fruto inopinado y repentino de una época, sino que arranca de las anteriores y afirma en ellas sus raíces. Tal sucedió puntualmente con el Renacimiento que, por muchos aspectos, no fue sino "el remate y el feliz complemento de la obra de reacción contra la barbarie, que siguió a las invasiones de los pueblos del Norte". Crepúsculo matutino del Renacimiento, fueron los empeños literarios y filosóficos de Casiodoro y de Boecio en la corte del rey Teodorico; Alcuino en la de Carlomagno lo preparaba "longo intervalo" con su afán de multiplicar escuelas y con su predilección por los clásicos paganos, heredada de San Beda el Venerable, y tan ferviente, que le hizo adoptar el seudónimo de "Flaccus" en homenaje a Horacio. Ejemplar de los futuros humanistas y precursor de los filólogos, fue asimismo S. Isidoro al poner mano en el libro de las "Etimologías", y todos estos claros varones al hacer entrar en el espíritu de los bárbaros algo de la lógica de Aristóteles, de la gramática de Donato, de la moral de Séneca hacían obra de Renacimiento. Hacía también ¡y cuán vividera! S. Tomás de Aquino trasladando a sus obras todo cuanto halló de plausible y de acertado en la

Enciclopedia de Aristóteles. Si los humanistas del Renacimiento anduvieron solícitos en pos de los códices antiguos, si nos mostraron cómo puede solazarse el hombre en el coitejo de rancios manuscritos, si celebraron con elccuentes ditirambos el hallazgo de obras que se creían perdidas, no me parece que ello sea más meritorio ni más significativo de afición a la cultura antigua que la labor de S. Tomás cuando se dio a la tarea, más laboriosa cuanto menos sonada, de introducir a Aristóteles no sólo como testigo sino como autoridad en los dominios de la ciencia sagrada. En tan remota edad, cuando cada volumen y cada códice eran un tesoro incomunicable, cuando ni se conocían los textos originales de los griegos, ni era común la inteligencia de esta lengua, cuando el mismo Aquinate la ignoraba y para enterarse de la filosofía del Estagirita, no tenía a las manos sino versiones en latín derivadas de otras versiones en árabe, cuando descontento de las comunes y corrientes a causa de sus múltiples discrepancias, encargó otras nuevas a Guillermo de Maerbeka y a algunos más de sus hermanos, cuando a pesar de tantas dificultades así persistía el doctor Angélico en tañear a las puertas de la filosofía antigua y hacérselas patentes merced al "Sésamo ábrete" de su diligencia investigadora, creo yo que es de justicia atribuirle la palma y el galardón entre los adelantados del humanismo. Mayor mérito fue el suyo que el de los eruditos del Renacimiento que tenían a su disposición el riquísimo acervo de manuscritos que los griegos trajeron de Constantinopla y el reciente descubrimiento de la Imprenta, amén del comercio de librería generalizado en pocos años y de la no despreciable influencia de la moda que en esos días provocaba a todo el mundo a alardear de erudito y de coleccionador.

Ni se diga que S. Tomás se aficionó exclusivamente y con particularismo estrecho a Aristóteles, porque los comentarios que escribió sobre el Areopagita demuestran el caso que hizo de las lucubraciones platónicas y dejan presumir con mucha verosimilitud que habría aprovechado todas las demás fuentes de la sabiduría antigua si las hubiese tenido a mano, como sí las tuvieron los humanistas y filósofos del Renacimiento.

Así como la faz austera del humanismo anterior al siglo XVI, se muestra en el doctor de Aquino, Petrarca podría ser cien años más tarde la personificación de ese mismo hu-

manismo por su aspecto arqueológico a la par que poético. Débensele en efecto el hallazgo de las "Institutiones oratoriae" de Quintiliano y el de una colección de cartas y epigramas del emperador Augusto; inspirábase a unas horas en el ideal de hermosura que encarnó en Laura, como Dante encarnó en Beatriz su ideal de inteligencia a lo divino, y a otras horas dejábase rendir por el hechizo de las ruinas romanas de Baias "vetustas y desplomadas reliquias que se revisten de novedad cuando las contempla un alma moderna". Y el mismo Petrarca que así hablaba respondió a quienes le interrogaban porque trajinaba penosamente por las islas del archipiélago helénico en busca de inscripciones, medallas y esculturas: "porque quiere —dijo— resucitar los muertos". Ya en pleno Renacimiento, hubo otros dos ingenios: Marsilio Ficino y Desiderio Erasmo que compartieron con el poeta a quien el Senado Romano coronó de rosas y de mirto la fama de haber sido los más exquisitos representantes del humanismo en el culto por la antigüedad clásica, y no deja de ser curiosa la coincidencia de que todos tres fueron eclesiásticos, lo que, a mi ver, constituye una nueva razón que confirma el remoto abolengo del Renacimiento y la deuda que tiene contraída con la Edad Media.

Lo confirma también el hecho de que las demasías mitológicas y paganas en que incurrieron los humanistas del siglo XVI, no fueron privativas ni características suyas. Ahí tenemos el arte soberano de Dante para comprobarlo, pues nadie ignora que el "altísimo poeta" tomó por guía y maestro a un pagano, salvó de las llamas eternas a los gentiles que se le antojó, llenó su trilogía de símbolos y de alegorías mitológicas, dándoles, eso sí, sentido católico, y llamó a Jesucristo "el Sumo Jove, que fue crucificado por nosotros":

*"O sommo Giove,  
Che fosti'n terra per noi crocifisso..."*

Aún el latín estrictamente litúrgico se resintió de estas reminiscencias y así hallamos "Tártaro" por "Infierno" en la misa de difuntos y "Olimpo" en vez de "Cielo" en un himno del oficio de la Dedicación. Esto sin contar con que desde el siglo XII, las "Metamorfosis" de Ovidio eran interpretadas como símbolos y trasposiciones de los pasos más principales del Antiguo y Nuevo Testamento según consta de un precioso manuscrito de la Biblioteca del Arsenal en París, catalogado hoy con el número 5099.

¿Cuál es entonces la diferencia esencial entre el humanismo que partió del siglo XVI y el que le precedió? No fue —acabamos de verlo— el culto de la antigüedad, ni fue el celo por la restauración de los estudios clásicos, ni la afición a ciertas formas del paganismo, fue simplemente que la glorificación de la naturaleza humana que hasta entonces se había procurado sin olvidar su intrínseca y permanente relación con Dios, con el "motor inmóvil" que dijo Aristóteles, con el "Amor primero"

*"che muove il sole e l'altre stelle"*

que dijo Dante, comenzó a buscarse con cierta independencia del Centro único de donde salen y a donde han de volver todos los seres y en primer lugar los inteligentes.

En otros términos, el humanismo renacentista trató de glorificar al hombre por sí mismo: al punto que debía moverse con relación equidistante al Centro, para engendrar la circunferencia perfecta (ora sea tan pequeña como la que se contiene en una gota de rocío, ora sea tan inmensa como la que toca las tres estrellas entre sí más apartadas del Universo) a ese punto, mejor dicho, al hombre simbolizado por ese punto le dijo el Renacimiento: "Muévete sin trabas, pón los ojos en ti mismo, crée en que tu propio dictamen y tus propias energías bastan a tu engrandecimiento, porque el uno es recto, las otras son íntegras y el uno y las otras, poco o nada tienen que ver con las eternas leyes". La edad media, había repetido muchísimas veces el verso de Terencio: "Humani nihil a me alienum puto", nada de lo que es humano me es ajeno, y había hecho de él una máxima de humildad, de indulgencia, de compasión, de "humanidad" en el sentido más tierno de esta palabra. Mas en los labios de los renacentistas ese mismo apotegma suena como voz de desafío a las austeras restricciones que la sabiduría tradicional había impuesto a los impulsos no siempre ordenados de la naturaleza, y suena también como clamor de aborraje a la nave ilusoria, al buque fantasma que atrae las codicias humanas con un soñado cargamento de emancipación y prepotencias.

Por eso fue tan favorable el Renacimiento a las utopías que concretando el naturalismo de Pelagio, se fraguaron entonces sobre el *estado de naturaleza* y sobre su vivir suelto y sin trabas, utopías o candideces que hicieron de Ronsard un admirador de los primeros indios salvajes que

fueron llevados por tierras de Francia, sobrevivientes según él de “la edad de oro”, y amos de sí mismos y “capitanes de sus almas”, envidiables en fin porque podían medrar a su entero gusto y acomodo:

*“Vivez heureusement, sans peine et sans souci.  
Vivez joyeusement, je voudrais vivre ainsi”.*

La divergencia entre el humanismo cristiano y el humanismo del Renacimiento va acentuándose conforme avanza el siglo XVI y con caracteres no puramente literarios sino teológicos. A la exaltación y endiosamiento de la naturaleza, opone el humanismo cristiano los principios que han sido y serán suyos: una fe resuelta e inteligente en la doctrina católica, cuyo dogma central, la Redención, arguye a un mismo tiempo la increíble dignidad del hombre salvado a tanta costa y las culpas y siniestros morales en que ha incurrido y puede incurrir, pero que aun siendo mortíferos quedan como la culpa original, bajo el régimen de la esperanza. Ella se anunciará siempre con el clamor supremo que aún se oye en las vigilias de la Pascua: “Oh! culpa feliz que mereció tener tal y tan grande Redentor!... O feliz culpa!”...

Que si se trata del ennoblecimiento progresivo del hombre, el humanismo cristiano reconoce como indispensable el auxilio permanente de Dios y afirma con Osuna, el teólogo predilecto de Santa Teresa, que “cuanto más excelsa es la criatura tanto más necesita de Dios”, frase profunda que podría ilustrarse con la analogía de los artificios mecánicos e inventos humanos que cuanto son más exquisitos y capaces de producir efectos diversos, tanto más reclaman el influjo y acción racionales.

¿Qué hizo la Reforma luterana con el humanismo del Renacimiento? Bueno o malo, cristiano o naturalista, todo humanismo es un intento de glorificar y de exaltar la naturaleza humana, que es precisamente lo que jamás por jamás cuadrará con las doctrinas originales de Lutero y Calvino. Para quien comenzó la carrera de reformador asentando que “no somos dueños de nuestras acciones, sino esclavos desde el principio hasta el fin” (prop. XXXIX, inter. XCIX), para quien la continuó solazándose en exagerar crudamente la corrupción original del hombre, para quien enseñaba que toda acción humana por buena, por heroica

y por laboriosa que sea no puede ser grata a Dios sino merecedora de la reprobación eterna “(Atque ut clare dicam: quoties sacrificare vel operari voles, scito sine omni scrupulo firmiter credens, tale opus tuum prorsus non posse Deo placere, quantumque bonum, magnum, laboriosum fuerit, sed reprobatione dignum”. (1), para quien finalmente en religión proclamaba el temor, en moral la impotencia para el bien (2) y en filosofía el escepticismo; ¿qué valor o qué sentido o qué interés podían tener las tentativas de glorificar al hombre que fueron propias del humanismo? Así, nadie extrañará que Lutero al peregrinar por Italia, sea insensible al espíritu del arte y guarde intacta su rudeza nativa: ni las ruinas augustas “de los gimnasios y termas regaladas” le hablaron al alma, ni tuvo mente para reconstruir la historia

*“del templo por la llama consagrado  
cuyo denso color a veces quiebra  
con su argentada claridad la luna”,*

ni las osamentas del Foro y del Coliseo “donde erraron ya sombras de alto ejemplo” le conmovieron, salió en fin de Rorna anatematizándola grotescamente, caso bien explicable en una índole incapaz de entender que “los oídos del alma son los ojos”.

En resumen: la reforma luterana y el humanismo, se oponen como tesis y antítesis en la estimación de la naturaleza humana.

El humanismo naturalista glorificándola en sí misma y exentándola de todo defecto o desorden, la privó, no sólo de los ensanches y aumentos más aún de las enmiendas y enderezos que debe recibir de su perpetua relación con el Centro esencial de la Vida y de la Luz.

Y el humanismo cristiano afianzándose amorosamente en El, quiso encontrar allí la ley que preside el inacabable

(1) Suo Georgio Spalatino. 15 febrero 1518. De Wette t. 1. p. 90. cit. Audin.

(2) «A partir de 1513, Luther enseignera de plus en plus que l'homme déchu est foncièrement corrompu. La nature n'est que convoitises, et desirs contre la loi; elle est l'homme charnel, et la chair c'est l'homme tout entier. Aussi, alors même que les païens ne faisaient pas le bien pour s'en glorifier, leurs vertus étaient condamnables, ces vertus étaient des véritables vices. La raison, c'est que la nature est mauvaise, et que tout ce qui sort d'elle est corrompu». Cit. Denifle-Paquier. Luther et le lutheranisme. III. 89. n. 1.—Weimar, XLII 350-352.

progreso del hombre y la sabia armonía de los orbes. Dígalo por mí el altísimo Alighieri:

*En su profundo ser vi, cual se interna  
En un volumen por amor atado  
Cuanto el vasto universo descuaderna.*

LUIS SORACTA

